

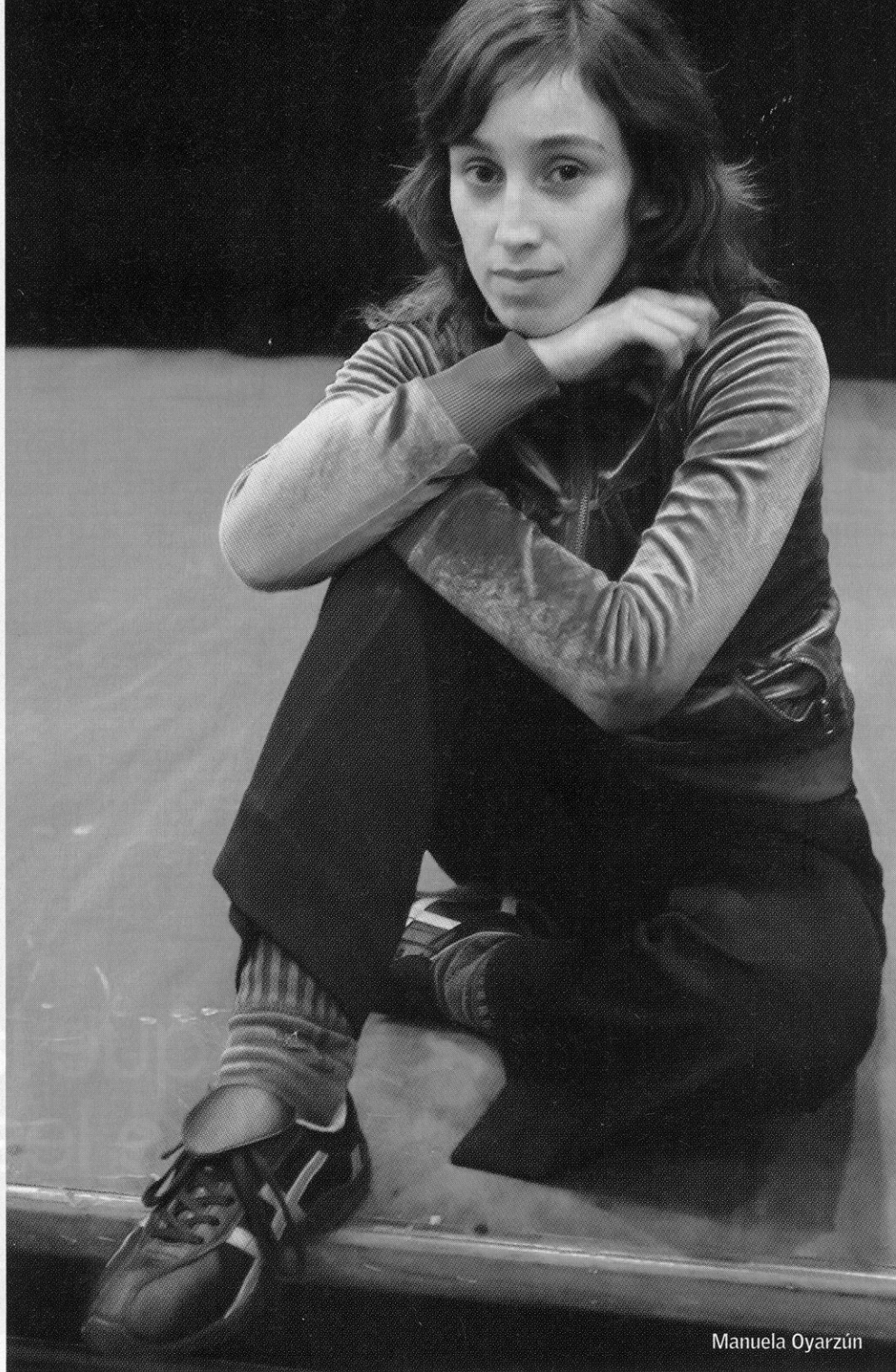
Seis décadas separan a Bélgica Castro, leyenda viviente del teatro chileno, de Manuela Oyarzún, una de las exponentes más talentosas de la actual generación de actores. El resto son sólo afinidades: llevan tres meses trabajando como directora y actriz principal, se han convertido en amigas y maestras mutuas. Porque no sólo Manuela reconoce haber aprendido de Bélgica: la legendaria actriz agradece de su joven mentora haberse reencantado con los nuevos protagonistas del teatro.

Por **MAGDALENA ANDRADE N.**

Fotografías: **CARLA DANNEMANN**

**Bélgica Castro y
Manuela Oyarzún:**

La voz de dos transgresoras teatrales



Manuela Oyarzún



Bélgica Castro

Manuela Oyarzún (28) y Bélgica Castro (85) llevan juntas sólo tres meses —tiempo que se tomaron para preparar la recién estrenada obra “Cabeza de ovni”— y ya han elaborado su propio mundo paralelo al del montaje teatral. Una dimensión donde quedan en segundo plano las casi seis décadas que separan a Manuela, escritora y directora de la obra, de Bélgica, su actriz principal. Porque, sin siquiera sospecharlo ni esperarlo, esta experiencia ha sido un aprendizaje y, a la vez, las ha renovado por completo.

Para Manuela, “Cabeza de ovni” es hasta ahora su proyecto teatral más íntimo. Había comenzado a escribirlo después de la dolorosa muerte de su abuela, y al poco tiempo de terminarlo, decidió dirigirlo ella misma. Desde que comenzó a plasmar los personajes en el papel, se imaginó que el rol de Graciela —la anciana con Alzheimer que hasta el último instante de su vida lucha contra el olvido— sólo

podía ser ocupado por Bélgica, no sólo por la cercanía física con el personaje, sino también por la profunda admiración que Manuela sentía por ella.

“¡Siempre esperé que me dijera que sí!”, recuerda hoy entre risas, “porque la Bélgica era la actriz más adecuada para el personaje porque es una gran profesional, que representa para mí lo que yo quiero llegar a lograr a través del teatro, que es vivir de él y dedicarme en un ciento por ciento. Pero siempre creí que ella no me iba a tomar en serio, que iba a leer el texto y lo rechazaría”.

—Primero te llamé, Bélgica, ¿te acuerdas? Después te mandé una carta. Como no me conocías, y no sabía si alguna vez habías oído hablar de mí, pensé que era la mejor forma de hacerlo.

—Claro, ésa es una muy buena forma de presentarse, y el medio más adecuado

para mí para decir que no si tu trabajo no me interesaba —le responde Bélgica, y prosigue:

—¡Me han mandado cada cosa!... Rechazo muchos textos por malos, por incomprendibles, herméticos, vulgares. Pero el tuyo me gustó. Lo encontré bueno, se lo di a Alejandro para que lo leyera. Después nos entendimos bien... y aquí estamos. Hasta ahora no hemos peleado nunca... ¡y esperamos no hacerlo! no tendríamos por qué, porque la Manuela tiene muy buen trato y es muy paciente.

A Bélgica le ha tocado la fibra más íntima interpretar a Graciela. A su edad ha perdido muchos amigos por esta enfermedad. También, actrices de su generación, como Silvia Piñeiro, Ana González y la recién fallecida María Canépa, han sido

devastadas por este mal. Nada más alejado para su realidad. Ella es una mujer muy sana —“aunque a veces se me olvidan las cosas y me acuerdo en medio de la noche, como toda la gente”—, y se ha mantenido constantemente trabajando en teatro y en cine.

Para Manuela, en tanto, haber escrito esta obra es una forma de rescatar lo que aprendió de sus abuelos. Esta obra, específicamente, la escribió después de la muerte de la última

abuela que le quedaba viva, y que falleció por causas naturales. “Con ella reforcé mucho mis lazos de cariño, sobre todo porque para mí la imagen de los abuelos es muy importante. Ellos son la única instancia que tenemos desde niños de relacionarnos con la vejez y la memoria”.

Después de estos tres meses de intenso trabajo actoral, Manuela tiene dos nuevos “abuelos teatrales” como ella cariñosamente les llama a Bélgica y Alejandro. Con ellos ha consolidado una relación extralaboral. “Voy a comer a su casa, me prestan y recomiendan libros, me aconsejan. Se ha formado una relación muy especial, y espero que se mantenga en el tiempo”.

“Tengo menos fuerza y energía y todo lo que pasa con la maldita edad, pero por dentro soy la misma que cuando tenía veinte años y fundamos el Teatro Experimental. Tengo el mismo entusiasmo”.



“Al lado de la Bélgica, me siento bastante convencional... A mis 28 años no he vivido todo lo que ha vivido ella, ni sé tampoco si llegaré a hacerlo, pero sí creo que tengo el talante para llevar a cabo mis propios proyectos”.



Su relación dentro y fuera de las tablas

A sus 85 años, para Bélgica volver a las tablas, después de tres años de ausencia, ha significado no sólo aumentar su visión crítica del estado del teatro, sino que además empararse del nuevo estilo que impera en la generación actual. “Como en todas las actividades hay gente muy buena, pero otra a la que se le olvida que esto es un arte. Se grita mucho, no se entiende lo que se habla... He visto cosas tan malas que me he quedado sin dormir; he sentido que perdí la vida”, dice. Pero no todo para ella es negativo. También ha podido comprobar que su capacidad de memorizar e interpretar está

intacta. Su diminuta figura en el escenario, moviéndose escurridizamente según las necesidades de su personaje, Graciela, lo comprueban.

“Nosotras con Manuela no somos dos generaciones distintas; somos... ¡kilométricamente distintas!”, exclama Bélgica entre risas, con una jovialidad a toda prueba que le permitió resistir estoicamente los numerosos ensayos hasta la madrugada, en los días previos al estreno. “Pero con la Manuela he aprendido cosas muy nuevas. Por ejemplo, que se puede romper lo establecido y obtener un resultado mucho mejor, algo muy difícil para los actores de mi generación. Soy una advenediza en esta cultura, y por eso tengo la obligación de adaptarme. Es lo mismo que si



Arriba, el elenco de la obra “Cabeza de ovni”, que se presenta en la sala Sidarte.

Al centro, Manuela Oyarzún, la dramaturga, que obtuvo el premio Fondart para esta obra.

A la izquierda, Bélgica Castro y Alejandro Sieveking, que acaban de cumplir 44 años de matrimonio.

me fuera a vivir a la India; si hay gente en la calle rezando, no puedo pasarlas a llevar", ejemplifica. Para ella, responder cada pregunta con un ejemplo es casi un ritual. Algo quizás heredado de sus décadas haciendo clases en diferentes escuelas de teatro, las que abandonó "por incompatibilidad de asistencia: yo iba a todas las clases, pero los alumnos no", espeta, no sin antes lanzar una estruendosa carajada.

Manuela habla de Bélgica casi con el afecto que una nieta le profesa a su abuela. Se preocupó no sólo de no recargarla con los horarios de trabajo —programando los ensayos bien entrada la tarde, para que pudiera descansar—, sino que incluso hasta soñó con ella. "Un par de días antes soñé que nadie llegaba al estreno, y mi mayor susto era decirle a la Bélgica que la sala estaba vacía", cuenta ahora, más relajada.

—Que la Manuela me cuide me parece ¡terrible! —la interrumpe Bélgica y alega:

—Porque, claro, tengo menos fuerza y energía y todo lo que pasa con la maldita edad, pero por dentro soy la misma que

cuando tenía veinte años y fundamos el Teatro Experimental. Tengo el mismo entusiasmo. Cuando la Manuela llegue a mi edad, verá la amargura de no poder hacer todo lo que quiere.

—Pero, a pesar de este sentimiento, físicamente se ve muy bien, ¿cómo ha logrado tanta vitalidad?

—Creo que es porque soy activa, hiperkinética. Fíjate que he tenido enfermedades gravísimas. De joven tuve un mal en los huesos, que me tuvo tres años enyesada e inmóvil en cama. Fue una experiencia muy fuerte, pero los seres humanos estamos hechos para superar todo lo que nos pasa. Por eso, creo que no hay que dejarse estar, y si hoy es difícil, mañana será distinto, será diferente. Puedo caer en desesperaciones terribles, pero salgo inmediatamente, porque sé que voy a seguir viviendo.

Bélgica y Manuela, con vocación vanguardista

Hace tres viernes, Bélgica y su marido Alejandro cumplieron 44 años de matri-

monio. "Ese día, estábamos haciendo la reunión de críticas a la obra y los dos nos dijeron que se tenían que ir temprano de los ensayos", recuerda Manuela, "porque tenían que irse a celebrar su aniversario de matrimonio. ¿Y qué van a hacer, van a ir a comer algo?, les preguntamos. Y Alejandro nos dijo que no, que ellos celebraban todos los días estar juntos. Los felicitamos, y a todos nos nació dé adentro decirles que los admirábamos por el tiempo que llevan juntos". Bélgica lo corrobora:

—Estar juntos lo celebramos todos los días, porque tuvimos la suerte de encontrar en el otro a la persona correcta, y sabemos ponernos en el lugar del otro.

Desde siempre la actriz ha sido una mujer transgresora. A Sieveking, doce años menor que ella, lo conoció cuando él era alumno de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile, y ella venía llegando de una estadía en Uruguay. Estaba recién separada de su primer marido, y tenía un hijo pequeño. "Nos pusimos a pololear inmediatamente. Yo estaba casada todavía y tenía que divorciarme. El proceso fue muy



QUIÉNES SON

Bélgica Castro (85) es una de las actrices fundadoras del Teatro Experimental en Chile. Comenzó en el grupo de teatro del ex Pedagógico y siguió su carrera en la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile. Ha participado en más de 200 obras de teatro y también en varias películas, entre ellas *Palomita Blanca* y *Días de Campo*, ambas de Raúl Ruiz. Vivió autoexiliada por doce años en Costa Rica, donde con su marido, Alejandro Sieveking, fundaron una compañía de Teatro. En 1995 recibió el Premio Nacional de Artes de la Representación.

Manuela Oyarzún (28) es actriz, dramaturga y directora de la Universidad de Chile, y una de las exponentes más destacadas de su generación. Es una de las integrantes de la compañía *El Hijo*, parte del elenco de *"Mujer gallina"* y directora de *"Soy directora de danza contemporánea y me estoy volviendo loca"*, entre otros montajes. Para llevar a cabo su obra *"Cabeza de ovni"*, ganó el Fondart 2006.

difícil, porque estaba casada en Chile y en Inglaterra, y teníamos que tener la misma causalidad de nulidad en ambos países. Fue un proceso muy largo, de siete años, con abogados internacionales". En cuanto obtuvo su nulidad matrimonial, Bélgica y Alejandro se casaron.

—No nos hubiéramos casado si hubiéramos vivido en esta generación, pero en ese tiempo mi mamá y la mamá de Alejandro estaban vivas, y se habrían requetemuerto si nos hubiésemos ido a vivir sin casarnos. ¡Para qué hacerlas sufrir!

—¡Yo no me casaría por esas razones! —agrega Manuela. La relación con mi mamá es de absoluta amistad. Ella es liberal, a veces hasta mucho más que yo, y sé que si me ve feliz me apoyaría en cualquier de-

cisión que tomara, sea cual sea. Además, no creo mucho en el matrimonio. Aunque estoy soltera, creo más en la palabra que se empeña entre dos personas, más que en la firma, que es un compromiso social pero que finalmente nadie respeta. Sólo basta ver toda la gente que se casa y al poco tiempo se separa. Yo creo en un

"Nosotras con Manuela no somos dos generaciones distintas; somos... ¡kilométricamente distintas!, exclama Bélgica. Pero con ella he aprendido que se puede romper lo establecido".

compromiso más íntimo.

Cuando Bélgica comentó a sus cercanos su decisión de casarse con un hombre doce años menor, la reacción inicial en su entorno fue de escándalo. La actriz recuerda:

—Al principio, mis amigas creían que yo estaba medio mal de la cabeza, me invitaban todas las semanas a tomar once al Hotel Crillón, y me preguntaban si yo estaba loca, que iba a tener una vida muy difícil porque cada vez iba a ser más vieja y más solitaria, pero yo les decía que claro, que era una posibilidad, pero, ¿qué hago? no podía hacer más de lo que estaba haciendo. No había, ni nunca ha habido arrepentimiento de mi parte, porque estábamos los dos muy enamorados y queríamos vivir juntos. Y nos resultó. Pero siempre creo que ha sido suerte, y que uno sea una persona razonable.

—¿No fue tan difícil para ustedes la diferencia generacional?

—¡Pero si no es tanta la diferencia! Si me hubiera casado con un hombre 30 años menor habría existido algún problema. Pero nosotros tenemos sólo doce años. Claro que en ese tiempo fue un escándalo. Yo era divorciada y con un hijo y el otro una criatura... Pero la cosa fue así no más. Hoy, cada vez que me preguntan cómo se puede durar tanto tiempo casados, yo les recomiendo vivir en el lugar del otro. Porque cuando tú estás bien, cuando estás preocupada de que él lo pase bien, y cuando él se preocupa de que tú estés bien, entonces se da todo para la felicidad. No hay heridas, no hay peleas, no hay nunca exigencias más allá de lo que te pedirías a ti misma. Es práctico. Hemos vivido 44 años muy felices.

Aunque no se considera tan transgresora como su antecesora, Manuela también siente que está siguiendo un camino alejado de lo convencional.

—Al lado de la Bélgica, me siento bastante convencional... A mis 28 años no he vivido todo lo que ha vivido ella, ni sé tampoco si llegaré a hacerlo, pero sí creo que tengo el talante para llevar a cabo mis propios proyectos. Sobre todo en un mundo dominado por lo masculino, donde no es tan común que las mujeres puedan cumplir todo lo que se proponen. En mi caso, la opción que elegí seguir fue trabajar en un mundo donde hay muchos más hombres que mujeres, como es el caso de la dirección dentro del teatro. Sé que soy chica todavía, pero ya he encontrado mi propia forma de hacer las cosas, y no tengo miedo a equivocarme, ni en el teatro ni en mi vida personal". ya